

La Lengua de Pedro de Valdivia

VOCABULARIO Y ESTILO*

Señor Vicerrector de la Universidad de Chile:

Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Educación:

Excelentísimos Señores Embajadores:

Señores Profesores:

Señoras, Señores.

Al designarme miembro académico suyo, la Hon. Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile ha querido premiar mi modesta labor que realicé durante más de 30 años en las aulas del Instituto Pedagógico.

Recibo y agradezco emocionado tan alta distinción.

Ostentare sólo agradecido, profundamente agradecido, sino también lleno de orgullo, tan honroso título que será siempre nuevo estímulo para mi futura labor.

Para corresponder, aunque pobremente, a la generosidad de la ilustre Corporación, he creído oportuno ofrecer un pequeño estudio relacionado con las materias que durante largos años han sido para mí, objeto de constante preocupación.

He dirigido, en los últimos tiempos, toda mi atención al desarrollo del castellano en nuestro país, durante la época colonial y me he ocupado, de un modo particular, de esos preciosos documentos que son las cartas del conquistador de Chile.

Así me he dedicado al estudio de la lengua de Pedro de Valdivia con gran ahinco y verdadero deleite filológico.

Es evidente el interés lingüístico que ofrecen para nosotros los chilenos las cartas de Pedro de Valdivia, pues en ellas se halla un aspecto importante de la lengua que nos trajo el conquistador. Desde luego, presentan una muestra genuina de lo que

era el estilo oficial, cancilleresco; pero por otra parte, revelan también los rasgos fundamentales de la prosa común e incluso de la literaria de esa época.

Estas cartas prueban, además, que la conquista material de América y, en particular, de Chile, no fue sólo obra de hombres —como suelen decir— “ignorantes, rudos y analfabetos”, apreciación muy generalizada aún en nuestros días.

Pedro de Valdivia, hombre inteligente y de dotes militares poco comunes, fue, sin duda, uno de los capitanes españoles más distinguidos que llegaron al Nuevo Continente, en el siglo XVI. No carecía de cierta cultura, pues sus cartas revelan conocimientos que lo colocan muy por encima de muchos de sus compañeros de armas.

Como hombre formado entre gentes ilustradas, recuerda, a veces, hechos de la historia romana. Así compara, en dos ocasiones, la venganza del asesinato de Francisco Pizarro con la de Octaviano, diciendo que “su muerte fue tan bien vengada por el ilustre señor gobernador vaca de castro quanto lo fue por otaviano la de julio cesár” (I)¹, frase que aparece repetida en la carta dirigida a Hernando Pizarro.

Por otra parte, suele hacer gala de sus nociones de latín, pues cita varios pasajes de la Vulgata, como p. ej.: “ya que estábamos en punto de cantar *A te levavi anima mea*”, frase un tanto estropeada del salmo 142, 8: *quia ad te levavi animam meam*; o *Noli me tangere quia Caesaris sum*, adaptando el versículo del Evangelio de San Juan (c. xx, 17), a su propia situación, para excusarse de pasar al servicio de Vaca de Castro, quien le había ofrecido el cargo de teniente (III).

Y luego, cuando sugiere al Emperador Carlos V el nombramiento del R. P. Ro-

*Discurso pronunciado en la ceremonia de incorporación como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el 16 de octubre de 1959.

¹Las cifras romanas entre paréntesis corresponden a las Cartas de Pedro de Valdivia, publicadas por don José Toribio Medina, en Sevilla, 1929.

ALFREDO MATUS OLIVIER

Profesor Titular de la Universidad de Chile. Postgrado en Lingüística Románica (en Tübingen y Heidelberg). Director de la Academia Chilena de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española y diversas academias hispanoamericanas. Director del *Boletín de Filología*. Miembro del Comité Científico de revistas especializadas. Ha sido Presidente del Instituto de Chile, profesor visitante en numerosas universidades europeas y americanas, y plenarista en congresos internacionales. Ha recibido diversas distinciones, entre sus trabajos se encuentra “Configuración de la base lingüística del español de Chile”, “Estudios mistralianos de Rodolfo Oroz” y *Gramática de la libertad* (en colaboración con Fernando Lolas e Iván Yaksic).

RODOLFO OROZ Y EL ESPAÑOL DE CHILE

Alfredo Matus Olivier

La lingüística chilena ha tenido una clara filiación germánica. Baste recordar los nombres de Rodolfo Lenz y Federico Hanssen para comprobarlo. Maestro de la lingüística y la filología, Rodolfo Oroz Scheibe, si bien nacido en Chile (1895), toda su formación fue alemana: desde sus estudios en la *Vorschule* y en el *Realgymnasium* hasta los realizados en la Universidad de Leipzig, donde fue alumno de eminentes humanistas (como Förster, Sievers, Wundt y Spranger). Oroz ha investigado en los más diversos dominios de lo lingüístico: lenguaje e historia, lengua cotidiana y lengua literaria, lenguas clásicas y modernas, lingüísticas románica y germánica, filología y estilística, descripción y norma, y ha sido un gran estudioso del español de Chile, reconocido como autoridad en esta materia.

Fundador del Instituto de Filología y de su revista, el *Boletín de Filología* (1934). Con sus 44 volúmenes, constituye la más antigua de las siete de lingüística que, según Eugenio Coseriu, sobresalen en Iberoamérica. Director de la Academia Chilena de la Lengua durante veintiún años, llevó adelante el VII Congreso de la Asociación de Academias (Santiago, 1976) y el *Diccionario del habla chilena* (1978). Autor de una extensa bibliografía, hay obras suyas que se consideran clásicos chilenos, de resonancia internacional, como la *Gramática latina*. Con notas lingüísticas (1932), su edición de *El Vasauo. Poema heroico de Pedro de Oña* (1941) y *La lengua castellana en Chile* (1966), de la que Guillermo Araya sostenía: “Este libro tiene el carácter de fundacional y clásico [...] como lo tienen para sus dominios respectivos la *Gramática* de Bello y el *Diccionario* de Lenz”. Dos bibliografías, una “analítico-crítica” (1954-1955) y dos “cronológicas” (1967 y 1984) le dedicó Lidia Contreras, y cuatro volúmenes de homenaje (*Boletín de Filología VII*, 1955; *Lenguaje, Literatura y Folklore*, Facultad de Filosofía y Educación, 1975; *Boletín de filología XXXV*, 1995-1996; y *Anales de la Universidad de Chile*, V Serie, 5, 1984), la Universidad de Chile. En 1961, la Academia Chilena de la Historia lo eligió miembro de número en reconocimiento de sus trabajos sobre *El Vasauo* y las cartas de Pedro de Valdivia. En 1978 recibió el Premio Nacional de Literatura. A los 101 años, en Santiago, dejó de existir (1997).

Entre sus estudios chilenos sobresalen los dedicados a las *Cartas* de Pedro de Valdivia, importantes para conocer la etapa fundacional del español en nuestro territorio, especialmente en su modalidad literaria, oficial y “curialesca”, manifestada en estos documentos escritos seguramente por el escribano Juan de Cardeña. Además del que aquí se presenta, Oroz escribió los ensayos “La lengua de Pedro de Valdivia” (1959); “Sobre el estilo de las cartas de Pedro de Valdivia, conquistador de Chile” (1961) y “En torno al léxico de Pedro de Valdivia, conquistador de Chile. Contribución a la cronología del español americano” (1980-1981). Este estudio, “La lengua de Pedro

de Valdivia. Vocabulario y estilo”, trata sobre el léxico del conquistador (militar, agropecuario, náutico, indígena) y sobre su estilo (latinismos, naturalidad, intensidad de sentimientos, vigor descriptivo) con lo que confirma que estos textos, además de su valor histórico, poseen entidad literaria, lingüística y cultural.

RODOLFO OROZ

La Lengua de Pedro de Valdivia

VOCABULARIO Y ESTILO*

Señor Vicerrector de la Universidad de Chile:
Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Educación:
Excelentísimos Señores Embajadores: Señores Profesores:
Señoras, Señores.

Al designarme miembro académico suyo, la Hon. Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile ha querido premiar mi modesta labor que realicé durante más de 30 años en las aulas del Instituto Pedagógico.

Recibo y agradezco emocionado tan alta distinción.

Ostentará no sólo agradecido, profundamente agradecido, sino también lleno de orgullo, tan honroso título que será siempre nuevo estímulo para mi futura labor.

Para corresponder, aunque pobremente, a la generosidad de la ilustre Corporación, he creído oportuno ofrecer un pequeño estudio relacionado con las materias que durante largos años han sido para mí, objeto de constante preocupación.

He dirigido, en los últimos tiempos, toda mi atención al desarrollo del castellano en nuestro país, durante la época colonial y me he ocupado, de un modo particular, de esos preciosos documentos que son las cartas del conquistador de Chile.

Así me he dedicado al estudio de la lengua de Pedro de Valdivia con gran ahinco y verdadero deleite filológico.

Es evidente el interés lingüístico que ofrecen para nosotros los chilenos las cartas de Pedro de Valdivia, pues en ellas se halla un aspecto importante de la lengua que nos trajo el conquistador. Desde luego, presentan una muestra genuina de lo que era el estilo oficial, cancilleresco; pero por otra parte, revelan también los rasgos fundamentales de la prosa común e incluso de la literaria de esa época.

Estas cartas prueban, además, que la conquista material de América y, en particular, de Chile, no fue sólo obra de hombres — como suelen decir — “ignorantes, rudos y analfabetos”, apreciación muy generalizada aún en nuestros días.

Pedro de Valdivia, hombre inteligente y de dotes militares poco comunes, fue, sin duda, uno de los capitanes españoles más distinguidos que llegaron al Nuevo Continente, en el siglo XVI. No carecía de cierta cultura, pues sus cartas revelan conocimientos que lo colocan muy por encima de muchos de sus compañeros de armas.

Como hombre formado entre gentes ilustradas, recuerda, a veces, hechos de la historia romana. Así compara, en dos ocasiones, la venganza del asesinato de Francisco Pizarro con la de Octaviano, diciendo que “su muerte fue tan bien vendada por el ilustre señor gobernador vaca de castro quanto lo fue por otaviano la de julio cesár”⁽¹⁾, frase que aparece repetida en la carta dirigida a Hernando Pizarro.

Por otra parte, suele hacer gala de sus nociones de latín, pues cita varios pasajes de la Vulgata, como p. ej.: “ya que estábamos en punto de cantar *A te levavi anima mea*”, frase un tanto

* Discurso pronunciado en la ceremonia de incorporación como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el 16 de octubre de 1959.

1 Las cifras romanas entre paréntesis corresponden a las Cartas de Pedro de Valdivia, publicadas por don José Toribio Medina, en Sevilla, 1929.

estropeada del salmo 142, 8: *quia ad te levavi animam meam; o Noli me tangere quia Caesaris sum*, adaptando el versículo del Evangelio de San Juan (c. xx, 17), a su propia situación, para excusarse de pasar al servicio de Vaca de Castro, quien le había ofrecido el cargo de teniente (III) .

Y luego, cuando sugiere al Emperador Carlos V el nombramiento del R. P. Rodrigo González para el Obispado de Arauco, se vale con ligera variación, de las palabras de la Epístola I de San Pablo a Timoteo (c. , 1) "*qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat*" (VIII) .

En esta misma carta, al ponderar las virtudes del mencionado sacerdote, emplea otra expresión latina, diciendo que el R. P. González, como buen vasallo del rey, ha estado siempre empeñado en "*ayudar a engrandecer su corona real viribus et posse*" (VIII) .

Estos antecedentes, me parece, vienen a reclamar para Valdivia una formación intelectual que permite, sin riesgo alguno, sostener que las cartas que llevan el nombre del ilustre capitán han de reputarse como obra de él, aunque algunos lo hayan puesto en duda, y entre ellos una autoridad tan eminente como don Diego Barros Arana. Este último declara en su célebre *Historia de Chile*, que el secretario de Valdivia, Juan de Cardeña, era "*según parece quien redactaba la notable correspondencia del jefe conquistador*", ya que lo único que se halla en ella de su pluma, es la firma.

La conclusión de Barros Arana no puede interpretarse, sin embargo, como si se negara rotundamente esa paternidad a Valdivia; y menos aún, si se tiene presente que el propio Barros Arana, en otra parte sostiene que: "*aun aceptando que no sea suya la redacción fácil y corriente, el donaire en el decir, los rasgos enérgicos y vigorosos que allí abundan, y que conocido el estado que entonces alcanzaba el arte de escribir suponen un verdadero talento de escritor, siempre sería de Valdivia el espíritu superior que ha inspirado esa correspondencia ...*"

Es decir, don Diego Barros Arana sólo considera discutible la paternidad, pero no la niega categóricamente, como afirma don José T. Medina, en su Nota Preliminar a la edición del epistolario de Pedro de Valdivia. Claro está que el conquistador no escribió esas cartas de su puño y letra; las hizo trasladar al papel o copiar, como era costumbre; pero lo que no se puede aseverar es que las que tenemos ahora, las que José T. Medina publicó en edición facsimilar, hayan sido copiadas todas por Juan de Cardeña, aunque figure su nombre en varias de ellas como escribano y secretario de Valdivia.

Basta un ligero examen de la escritura para darse cuenta que han intervenido varias manos en las copias respectivas. Se distinguen, a mi juicio, claramente cinco diferentes amanuenses.

Mas, no insistiré en estas cuestiones ahora, sino que me limitaré a esbozar algunas características del vocabulario y del estilo del conquistador.

VOCABULARIO MILITAR

Siendo su oficio principal el de guerrero, los conquistadores nos transmitieron, en primer lugar, la terminología militar, que halla, por supuesto, también reflejo en las cartas valdivianas. En sus informes enviados al Emperador Carlos V, Valdivia cuenta con prolijidad todas las acciones de guerra, mencionando a la vez los diversos medios materiales de que se valió, en determinados casos, para vencer la resistencia de los indios. Sus soldados contaban con armas de fuego, como *arcabuces* (VIII); con *artillería* (VII, etc.) que constaba de varias *pieças*. (VIII); poseían los españoles armas blancas, como *espadas* (VIII), *picas y lanças* (VII, VIII) y para su protección tenían *cotas* (VIII) y *arneses* (VIII); mientras que los indios peleaban con *flechas, lanças, mazas y garrotes* (VIII); protegiéndose, a veces, según nos cuenta Valdivia, con "*pecuesos de carneros, ovejas y cueros de los lobos marinos crudios ..., todos con çeladas de aquellos cueros*", y agrega que "*no ay hacha de armas, por azerada que sea que haga daño al que las traxere ...*" (VIII).

VOCABULARIO AGROPECUARIO Y DE PESCA

Pero el caudillo no era solamente hombre de armas, sino también poblador, labrador, criador y sustentador, como declara con cierto orgullo (II). Habla de la siembra de cereales y su *cogecha* —usando esa forma arcaica— (II); indica toda clase de medidas como *almuerças* (II) (VIII); *azumbre*

(VII) y *hanegas* (AII, VII, etc.); mide por estados (II; IX); varas (II, IX); pies en cuadro (II, VII) y palmos (II, VII).

Introdujo en Chile una serie de animales – con sus nombres respectivos – que en América no se conocían. Además de *caballos*, *yeguas* y *potros* (IX), trajo *puercos* (VII); *cochinillos* (II) y *cochinillas* (VII); *porqueuelos* (VII) y *porqueuelas* (II) y naturalmente *gallinas* (VII), *pollas* (II), *pollos* (II) y *pollitas* (VII). Todos estos animales se nombran en sus cartas.

En una bahía cercana a la desembocadura del Bío-Bío, donde, a su juicio, existía el mejor puerto de las Indias, encontró que había “de la mejor pesquería del mundo”, pues le dice al Emperador Carlos V que hay abundancia de *sardina*, *çefalos*, *tunjnas*, *merluças*, *lampreas*, *lenguados* y otros *mjll géneros de pescados* (VII).

El céfalo se denomina hoy en Chile *róbalo* y las *tuninas*, llamada *toninas* por Colón, son atunes o una especie de delfines.

Nuestro pueblo, en el sur, usa todavía corrientemente la forma *tunina*.

De este modo, nos llegaron ya en los primeros tiempos de la colonización varios nombres de peces que se han conservado en el uso hasta hoy día en nuestro país.

VOCABULARIO NAUTICO

Valdivia y sus compañeros no sólo nos trajeron el vocabulario de la lengua corriente, de la conversación cotidiana, sino que introdujeron a la vez una serie de términos técnicos, en particular del lenguaje marítimo.

A partir del año 1543, naves de Pedro de Valdivia al mando del piloto genovés Juan Bautista de Pastene, *hombre muy práctico de altura y cosas tocantes a la navegación* (II), quien llegó a ser “teniente general en la mar” del conquistador, empiezan a correr a lo largo de nuestro litoral, haciendo que la terminología marítima española se difunda también por nuestra tierra.

Pedro de Valdivia no sólo contaba con los vastos conocimientos náuticos de su “teniente general en la mar”, sino también con la experiencia que le dieran sus propios viajes, al cruzar el Océano Atlántico, primero, y navegar por las aguas del Pacífico, después. Todo ello, lo convirtió en hombre conocedor del oficio, como lo comprueba, en efecto, su léxico marinerero.

Emplea doce nombres distintos para designar diferentes clases de embarcaciones; *balsa*, *barca barco*, *batel*, *baxel*, *bergantín*, *fragata*, *galera*, *galeón*, *galeonçete*, *nao*, *navío*; y usa el término *armada* para denotar el conjunto de naves, aunque fuesen dos solos y no muy grandes pues, en general, no disponía sino de dos y, a lo sumo, de tres: “galeón, galera y otro navío ...”

Conoce el uso del *betume* para impermeabilizar o como dice él, *calafetear* las naves; se preocupa a menudo del *matalotaje*, o sea, de la prevención de comida que se ha de llevar en una embarcación y sabe utilizar las cartas de marear, es decir, los mapas en que se describe el mar con sus costas o los parajes donde hay escollos o bajíos.

Luego, entiende perfectamente en materia de maniobras marítimas; así habla de *barloar*, con que se designa la acción de atracarse dos embarcaciones, poniéndose costado contra costado; de *barloventear*, que es ‘adelantar contra el viento’; de *dar bordos* o de *navegar a la bolina*, entendiéndose por esto último ‘navegar de modo que la dirección de la quilla forme con la del viento el ángulo menor posible’. También menciona las expresiones de *echar a monte* y *dar carena* a la nave, que quiere decir ‘ponerla en tierra para calafatearla’.

Cuando Pedro de Valdivia se dispone para navegar, usando el lenguaje marinerero, manda *alçar velas* o *se hace a la vela*; en otras ocasiones manda *disferir velas*, esto es ‘desatarlas para que se extiendan’. Esta expresión no se halla en ninguno de los diccionarios marítimos corrientes; la registra solamente el vocabulario náutico más antiguo, el de Alonso de Chaves, del año 1538, citado por Gili Gaya en su Tesoro Lexicográfico. Lo contrario es *meter velas*, que vale ‘recoger o quitar alguna o algunas de ellas’.

Llegando a un puerto, dice “*tomé puerto o surji en el puerto*” y “*el navío echó ancla*”, y cuando desembarca “*salta en tierra o toma tierra*”.

En la tripulación de sus barcos figuran *el capitán*, *el piloto*, *el maestre* o dueño de la nave, *el práctico de altura*, como Juan Bautista Pastene, que hacía la navegación de altura, y los *marineros*.

De los 46 términos náuticos empleados por Valdivia en sus cartas, 13 aparecen en el Diario de Colón; la Real Academia Española registra todavía 36 de ellos en su Léxico, y 27 se han conservado hasta ahora en el lenguaje marítimo chileno (Cp. Guillermo Bañados).

INDIGENISMOS

El vocabulario de Pedro de Valdivia no sólo contiene lo hispánico, sino que ya viene impregnado de algunos americanismos que el ilustre capitán recogió en sus andanzas por América. Como es sabido, estuvo un año en Venezuela y luego varios años en el Perú, antes de venir a Chile. En ese tiempo, él incorporó en su vocabulario varias voces indígenas. Entre éstas figuran algunas de origen arahuaco de las Antillas, como ser *agi*, *mayz* y *caçique*. En mayor cantidad se hallan vocablos quechuas; entre éstos tenemos, en primer lugar, *yinga*, nombre de los monarcas del antiguo imperio peruano. Garcilaso, en sus *Comentarios Reales*, dice que los españoles “pronuncian con la corrupción de letras y sílabas que se les antoja, que donde los indios dicen *pampa*, que es *plaça*, dizen los españoles *bamba*, y por *Inca* dizen *Inga*”.

Esta misma forma *inga* se encuentra también en *La Araucana*, así como en los cronistas, tales como Agustín de Zárate, Cieza de León y otros. Pero poco después se generalizó la forma *inca*.

Luego se nombran frecuentemente, en las cartas, los *yanaconas*, o como prefiere llamarlos Valdivia, *anaconcillas*, “nombre que se daba a los indios que servían antiguamente de criados a los españoles. Esta voz designaba en Chile, en un principio, sólo al indio traído del Perú. Más tarde se aplicó también a indios chilenos que no eran ele encomienda”.

La voz *yanacona* fue igualmente incorporada a la lengua de la literatura española por *La Araucana* de Ercilla; y de este autor la tomaron después Pedro de Oña, Lope de Vega y otros.

También aparece la voz *tambo*, la que Barros Arana comenta de la siguiente manera: “La palabra *tambo*, importada del Perú por los conquistadores significaba las posadas o descansos que había en los caminos, y en el mismo sentido se aplicó en Chile en los primeros tiempos de la entrada de los españoles ...” (o. c., t. I, p. 238, nota 4).

Este indigenismo aparece en la literatura hispánica propiamente sólo a partir de Lope de Vega, quien lo emplea en obras de tema americano, con el significado de ‘morada real, palacio o morada lujosa’ (cp. M. Morínigo, *Indigenismos americanos en el lexico de Lope de Vega*, en “Programa de Filología Hispánica”, B. Aires, 1959, pp. 9-46).

Es cierto que la palabra ya ocurre en *La Araucana*, sin embargo, ahí se usa sólo como nombre propio, pues Ercilla introduce en su poema a un indio con el nombre de *Tambo*.

Después encontramos las palabras de origen quechua *papa*, *quínua* y *chacra*; esta última la usa Pedro de Valdivia en la forma de *chatarra*.

Mención especial merece un vocablo que se halla en una carta dirigida, en 1545, al Emperador Carlos V, cuyo pasaje dice así: “y *asy andávamos como trasgos y los yndios nos llamavan cupáis, que asi nombran a sus diablos, porque a todas las oras que nos venyan a buscar, porque saben venjr de noche a pelear, nos hallavan despiertos, armados y, si hera menester, a caballo*” (II).

Barros Arana, al comentar este pasaje, dice que *cupai* (sic) — así se lee —, voz de origen quichua “servía para designar el espíritu del mal de la mitología peruana, y que envolvía una idea inmaterial, o como pretenden otros, el dios de la noche y de la obscuridad. Los españoles ... tradujeron *cupai* (sic) por demonio V. Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, parte I, libro II, cap. 2” (o. c., t. I, p. 255, nota 27).

Tanto Barros Arana como Medina transcriben erróneamente *cupáis* en vez de *cu-páis*, como dice el MS. con bastante claridad, y era la forma corriente de la época; cp. González Holguín: *çupay*: El demonio. (p. 88.)

Si el propósito de nuestros historiadores hubiera sido el de modernizar la grafía, deberían haber puesto *supai* (cp. Middendorf, p. 794) o *súpay* (Lira, p. 939). Pero como la forma inexacta *Cupáis* ya aparece en Cl. Gay, *Historia de Chile. Documentos*, t. I (1861), p. 6, es más que probable que la fuente del error sea Cl. Gay, de quien copiaron los demás sin confrontar el MS.

Y, finalmente, hay tres voces araucanas: *hueque*, *levos* y *mare*. El término mapuche *levo* designaba una antigua división social de los indios araucanos, que desapareció en el s. XVII. Por lo que

respecta a *hueque*, dice Tomás Guevara que los indios chilenos del primer período de la conquista llamaron al caballo de los españoles *hueque huinca* (Hist. de Chile, t. I, p. 382) o sea, 'hueque español (*huinca* = español)'.

El mismo autor, fundándose probablemente en Molina (*Hist. Natural de Chile*, 1782), menciona como único animal domesticado por los araucanos antes de la conquista española, la llama peruana que los cronistas denominaban *chilihueque* o carnero de la tierra y de los indios, simplemente *hueque*.

Divergen mucho las opiniones sobre si el *hueque* es la llama peruana o el huanaco domesticado.

En cuanto a *mare* se trata sin duda de un error de audición de Pedro de Valdivia; la forma correcta es *máde* o más bien *mádi*.

Pedro de Oña introdujo esta voz en la literatura, pues en su *Arauco Domado* leemos: "Frutillas secas, madi enharinado" (Canto XIII; ed. de J. T. Medina, Stgo., 1917, p. 474). En el glosario que se halla al final de la obra da la siguiente explicación: "*mádi*, es una semilla negra, que seca y molida, se hacen della unas bolas envueltas en harina; son de gran regalo y sustento para los indios" (*Arauco Domado*, Tabla, p. 686).

Lope de Vega, quien emplea esta palabra en su comedia *El Arauco Domado*, la tomó, evidentemente, de la obra de Pedro de Oña (Cp. Marcos A. Morínigo, *Indigenismos americanos en el léxico de Lope de Vega*, en "Programa de Filología Hispánica", Buenos Aires, 1959, p. 30).

Una voz que muchas veces se ha considerado como indígena es *guazábara*, usada en varias oportunidades por el conquistador con el significado de 'pelea, batalla, ataque'. Parece que la carta dirigida a Hernando Pizarro y fechada en 1545, contiene la primera documentación de esta voz para Chile. Lenz (607) cita sólo la de 1550, prefiriendo en su *Dice la voz llana huazábara* y como variantes, las otras; la forma más común es, sin embargo, de acentuación esdrújula, *guazábara*. La mayoría de los diccionarios la declaran voz americana, sin poder indicar su filiación exacta. El conocido romanista M. L. Wagner, la considera una simple corrupción del castellano *algazara* (= 'vocerío de los moros al acometer al enemigo'; RFE xv, 297), ya que en algunos escritores de la época de la conquista se halla la expresión gritería de *guazábara* (Friederici, HWA, 46; AmWtb 287).

Nuestro historiador D. Barros Arana creía que era "palabra americana con que los indios de las Antillas designaban los ataques o batallas, y que los conquistadores de Nueva Granada, del Perú y de Chile usaban en el mismo sentido, como se ve en muchas de sus relaciones".

La comenta también Cunninghame Graham, *P. de Valdivia*, London 1926, p. 92, nota 3: "Guazábara, Nearly all the writers on the conquest make use of this word for a skirmish" (Casi todos los escritores de la conquista usan esta palabra por escaramuza).

En las once cartas estudiadas se hallan trece palabras americanas, si se elimina la voz *guacávara* como de etimología dudosa; de ellas, siete son de origen quechua, tres de procedencia antillana (= arahuaco) y tres de origen araucano.

Pedro de Valdivia traería, pues, en su vocabulario, por lo menos, diez palabras indígenas, de uso corriente en el Perú, a las cuales añadió, en Chile, algunas araucanas, entre los años de 1540 y 1550. Las antillanas *caçique* y *mayz*, las pudo haber aprendido, naturalmente, ya en Venezuela, donde permaneció un año antes de pasar al Perú.

De las tres voces mapuches, sólo *mádi* (made) tiene todavía algún uso entre los indígenas; su nombre vulgar es hoy *melosa*.

EL ESTILO

Ahora pasamos al aspecto estilístico de las Cartas.

En el plano sintáctico-racional en que prevalecen los elementos intelectuales, el estilo de Pedro de Valdivia muestra, en general, los mismos moldes que caracterizan las cartas del conquistador de México, Hernán Cortés.

Aunque ya es muy corriente comparar a estos dos insignes capitanes, el paralelo que se suele establecer se limita, comúnmente, a poner de manifiesto tan sólo que ambos han sido excelentes cronistas de sus propias hazañas, constituyendo sus relatos una de las mejores fuentes para el

estudio de determinadas etapas del descubrimiento y la conquista de América, sin que hasta el momento se hubieran sometido sus escritos a un prolijo examen filológico.

A veces se ha llevado la comparación hasta la antigüedad romana, recordándose la obra de Julio César, y al destacarse el valor literario de las cartas de Cortés, se ha pensado incluso en una posible influencia del autor latino en ciertos aspectos estilísticos de la prosa del conquistador.

No obstante, con todo el paralelismo que pueda señalarse — *mutatis mutandis* —, en el campo de los procedimientos sintácticos, no nos parece existir, en las cartas de Cortés, una clara dependencia del autor latino.

Pero tal como se ha creído ver en el lenguaje de Cortés alguna similitud con los recursos estilísticos de Julio César, se podrían descubrir igualmente en la lengua de Pedro de Valdivia coincidencias con la *caesariana syntaxis*. También en la prosa de Valdivia se observa una monótona repetición de la conjunción copulativa para comenzar una oración y enlazarla al mismo tiempo con lo precedente. A menudo, se inicia una frase con una cláusula absoluta (*Ablativus absolutus*), seguida de proposiciones conjuncionales o construcciones de infinitivo o gerundiales:

“Hecho esto, como no crey lo que los yndios dezian ...” (II).

“Fundada (sc. la ciudad de Santiago) y comentando a poner alguna orden ...” (II).

Sin embargo, nadie creerá por eso que nuestro Pedro de Valdivia haya tenido presente la lectura de los *Comentarios* de César — si acaso los leyó alguna vez en su juventud —, para imitar en sus cartas de relación, las construcciones del *Bellum Gallicum*.

Por otra parte, es fácil probar la mayor variedad en el uso de las conjunciones y frases conjuntivas, en la sintaxis de Valdivia frente a la de César; principalmente en las oraciones causales, las que suelen introducirse por *pues, que, porque, congo, por cuanto, atento que, por + infinitivo y construcciones gerundiales*: Aquí van algunos ejemplos:

“habrá en esta tierra grand abundancia de comjda *porque* se hazen en el año dos sementeras ...” (II).

“a v. m. suplico sean en este caso açebtas mjs escusas, *pues* van fundadas solo en hazer lo que soy obligado” (VI).

“y es que, como estos nunca han sabido servir, porque el ynga no conquistó mas de hasta aquí ...” (II).

“Y demás desto, viendo el gouernador la neçesidad que haúa ...” (II).

La extraordinaria frecuencia de oraciones causales prueba la constante preocupación del conquistador por explicar al Rey las razones de su conducta y, sobre todo, por justificar las medidas adoptadas por él en cada circunstancia. Y, por otra parte, la riqueza de recursos sintácticos, pone de manifiesto la gran agilidad mental de Pedro de Valdivia para presentar hechos, no siempre muy sencillos en forma lógica y convincente.

Luego, hay otra diferencia respecto de César: Valdivia no usa la “atracción relativa” al comienzo de una oración, y, además, construye los verbos de voluntad (mandato, ruego, permiso, deseo, encargo) comúnmente sin conjunción:

“me mandó viniese a poner ...” (VII). A va. alteza supplico mande ver las merçedes ...” (V).

“queriendo se usase con ellos ...” (III).

Lo mismo ocurre a menudo con verbos de lengua:

“y respondieron qujeren serujr ...” (II).

“porque les avía avisado viniesen ...” (VII).

“me persuado estoy en paraje donde ...” (XI).

La manera de juntar dos o más conjunciones o de combinar una conjunción y un adverbio, que se ha señalado como rasgo particular de las cartas de Cortés, no se halla en igual forma en Pedro de Valdivia, aunque de vez en cuando aparezca una conjunción reforzada por un adverbio: “Y *que pues* son ellos (sc. los indios) perros y malos ...” (II); “*pero que no obstante*, si avía mandado, yo yría” (VII).

En algunos períodos largos, en los cuales no hay, por supuesto, una línea recta de desarrollo, sino una constante interrupción del pensamiento principal por medio de cláusulas intercaladas y

proposiciones subordinadas, la variedad en el uso de conjunciones es a veces más limitada igual que en las cartas de Hernán Cortés. Veamos el siguiente ejemplo:

En el memorándum entregado a sus apoderados en la Corte, leemos: “Prendiéronse treçientos o quatroçientos a los quales hize cortar las manos derechas e narçes, dándoles a entender *que* se hacía, *porque* les avía avisado viniesen de paz *e* me dixeron que si arían e viniéronme de gerra, *e que*, si no servían, *que así* los avía de tratar a todos; *e porque* estauan entre ellos algunos caçiques principales, dixé a lo que veníamos, *para que* supiesen e dixesen a sus vezinos, *e así* los liçençié” (VII) .

La organización de este período se realiza, pues, mediante un procedimiento muy simple y poco elegante, repitiéndose siempre las mismas conjunciones: *y (e), porque, que*.

En algunos casos, se emplea la conjunción *y (e)* no sólo en función copulativa, sino para denotar también oposición, como en “me dixeron que si arfan (= que vendrían de paz) *e* viniéronme de gerra”, donde ese *e* implica claramente sentido adversativo

*

Casi todos los autores que se han ocupado de Pedro de Valdivia afirman que las cartas escritas por el conquistador y colonizador de Chile no sólo poseen alto valor histórico, sino también grandes méritos literarios.

Refiriéndose, en particular, a dos de ellas, ambas fechadas en 1550, dirigida al Rey la una y destinada la otra a informar al Consejo de Indias, nuestro ilustre historiador y arzobispo que fué de Santiago, don Crescente Errázuriz, dice que son documentos redactados “en estilo natural, vivo, lleno de colorido, no exento de oportunas imágenes ...” calificando a Valdivia, de “muy notable escritor”.

Otros insisten en “el inimitable sabor de lo vivido” que se manifiesta en la relación de sus hazañas como descubridor guerrero, conquistador, poblador y gobernador.

Tales apreciaciones no se basan, por supuesto, en los elementos racionales de la sintaxis a que acabo de aludir, sino que reflejan principalmente las cualidades artísticas que evidencia la prosa valdiviana. Y, en efecto, el conquistador dispone de algunos recursos retóricos, de procedimientos sugestivos: sabe cautivar al lector con cierta nota emocional que vibra en sus palabras, sobre todo, cuando trata asuntos de dramático interés, donde incluso llega a utilizar el estilo directo como medio para sustituir el relato; atrae con la plasticidad de sus imágenes y con el modo natural y espontáneo de decir las cosas.

Sin intentar un análisis completo, señalaremos algunos de los rasgos más interesantes al respecto.

Desde luego, el tono de sus cartas es de mucha naturalidad y sencillez, salvo en las ocasiones en que el autor se deja dominar por la intensidad de los sentimientos o la violencia de la pasión; pues Valdivia no oculta las hondas emociones que, a veces, sacuden su alma. Así, por ejemplo, le dice a Gonzalo Pizarro, refiriéndose a la repentina muerte de su hermano Francisco, a quien le tenía gran afecto: “De la muerte del marqués mj señor no ay que dezir syno que la sentí en lo muy dentro del ánima y cada vez que me acuerdo lloro con el coraçón lágrimas de sangre” (I). Y confirma este mismo profundo sentimiento en una carta dirigida quince días después a Hernando Pizarro (III) .

La llegada del capitán Juan Bautista de Pastene, a quien había dado por perdido por su larga tardanza, le causó tal regocijo que declara: “como le vi, rreçebí tanta alegría que me saltaron las lágrimas del coraçón” (VIII).

La indignación sobre un plan traidor le hace recurrir a la siguiente hipérbole: “y me temblaron las carnes que vn tan suez hombrezillo y poco vasallo oviese, no dicho pero ymaginado, quanto mas yntentado, tan abomjnable trayçión” (VIII) .

Y en otro párrafo escribe: “... antes consentiría que me dismembraran mjembro a miembro que por fuerça nj por grado por ynterés ninguno cometer tan abomjnable trayçión pues el preñçipal que me cavsa la honrra y el provecho pera servir a v. m...” (VIII).

Pero el énfasis afectivo casi nunca lo lleva a exageraciones absurdas; sus hipéboles se mantienen, en general, dentro de lo discreto.

Reconociendo el heroísmo y la valentía de los indios, dice que éstos peleaban con tanto ímpetu y reciedumbre “que parecía undirse la tierra” (VII) y repite lo mismo después con ligera variación: “acometieron-nos ... tres esquadrones bien grandes con tan gran ynpetu y alarido que parecían hundir la tierra” (VIII).

Y cuando recalca las dificultades que tuvo que vencer para ganar su dinero, advierte que cada peso le costó “çient gotas de sangre y dozientas de sudor” (VIII).

Como leal vasallo asegura que llegaría a hacer cualquier sacrificio por la causa del monarca, sin importarle que tuviera que perder todos sus ahorros. Dice: “... no quiero salir con mas hazienda de saber que en ello se sirve v. m., porque de nuevo en calcas y jubón, con mj espada y capa, tornaría a emprehender ... a hazer nuevos serçios a v. m.” (II).

Y aún más, incluso comprometería la tranquilidad de su esposa, pues en carta a Hernando Pizarro asevera que “Si tuviera patrimonio para vender y salir con esta empresa y servir a S. M., no solamente lo hiciera, pero empeñara la mujer para ello, pudiendo la honra quedar satisfecha ...” (p. 69).

Y no sólo esto, sino que estaría dispuesto a gastar un millón de castellanos en el servicio del Rey, si fuera necesario, aunque así tuviera que vender su libertad y ponerse la marca de esclavo “con consentir echarme vn hierro por la paga dellos” (VIII).

En esta misma ocasión afirma: “Yo dixé que en todo tiempo haría otro tanto, aunque estuviese en cabo del mundo e vernía pecho por tierra al mandado de su M. y de los señores de su real consejo de yndias” (VIII).

Nada de particular, en cambio, tiene el que diga al Rey “beso çient mjll vezes los pies y manos de V. M.” (IX), ya que se trata de una mera fórmula parecida a tantas otras que usamos todos los días como cuando, por ejemplo, le damos a una persona “un millón de gracias”.

Espontaneidad y vigor descriptivo caracterizan también el estilo de todos sus informes dirigidos al Emperador Carlos V.

Con pocos trazos pero firmes pinta un rápido cuadro de la geografía física de nuestro país: “... esta tierra es tal que para poder biuir en ella y perpetuarse no la ay mejor en el mundo; dígolo, porque es muy llana, sanjssima, de mucho contento, tiene quatro meses de ynvierno no más, que en ellos, sy no es guando haze quarto la luna, que llueve un día o dos, los demás haze tan lindos soles que no ay para que llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleytosos ayres que todo el día se puede el hombre andar al sol que no le es ynportuno. Es la más abundante de pastos y sementeras y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar, mucho y muy linda madera para hazer casas, ynfinidad otra de leña para el serçio dellas y las minas rriquissimas de oro y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisieren sacarlo, allj hallarán en qué sembrar y con qué edificar y agua, leña y yerva para sus ganados que pareçe la crió Dios aposta para poderlo thener todo a la mano ...” (II).

Aunque su compañero y hombre de confianza, el cronista Góngora de Marmolejo, asevera que Valdivia era “hombre ... de palabras no bien limadas...”, éstas naturalmente no asoman en su correspondencia. Con todo el formulismo que impone el respeto a la Majestad, su lenguaje conserva siempre la frescura y nota personal que se advierte también en las demás cartas: “La verdad yo la digo a v. m. al pie de la letra” (II).

Oportunas *imágenes* y afortunadas *comparaciones* y *metáforas* dan vida y color a sus relatos, como por ejemplo, cuando cuenta que por la desdichada expedición de don Diego de Almagro, nadie quería venir a Chile, pues nuestra tierra “quedó tan mal ynfamada que como de la pestilençia huyan della” (II).

De los indios, de los cuales “ay tantos como yervas” (II), dice que “seguíannos tanto como cuervos al cordero que se quiere morir” (III).

A veces compara la fiereza y resistencia de los indígenas con la de los germanos, cuando dice que “se nos defendían bravamente cerrados en vn esquadron como tudescos” (VIII).

En esta misma carta, Valdivia declara humildemente que, sin la autoridad del Rey, él no sería más que “un pobre soldado y solo como el espárrago” (VIII).

La época más dura del año es, en Chile, “el junio adelante que es el riñón del ynvierno” (II).

Emplea la misma imagen al referirse a la región del río Valdivia, que, como opina, “es el riñón de la tierra” (IX).

Usa también *frases* o *modismos populares* con mucha oportunidad. Así, los indios perseguidos por los españoles y “cansados de andar por las njeves y montes como anjmalias”, dice que “tienen quebradas las alas” (II).

Quebrar las alas a uno, en el sentido de “quitarle a uno el ánimo o aliento cuando intenta ejecutar o pretende alguna cosa”, es una expresión muy común que se halla también en las cartas de Hernán Cortés, “que si Dios no les quebrara las alas ..., etc.” (I).

Al mencionar Valdivia la amenaza del hambre que se cernía sobre su gente, escribe, no sin humor, en su relación al Rey, que “Como ví las orejas al lobo ...” (II), intercalando más adelante un dicho popular, muchas veces empleado en la literatura clásica, para hacer ver que, a pesar de la inferioridad numérica frente a los indios, no habían “tomado truchas a bragas enjutas, como dizen” (II); o sea, que pusieron mucha diligencia y trabajo para conseguir lo que deseaban.

Mantiene este mismo tono, cuando agrega que “por convenjr al servicio de v. m. y perpetuación de la tierra voy con el pie de plomo...” (II).

Es más usual la forma sin el artículo definido; así dice Cervantes: “Se vaya con pies de plomo”, para significar que una cosa ha de realizarse con lentitud, cautela y prudencia.

Aludiendo a sus hábitos que él no piensa cambiar, pues “mudar costumbres es a par de muerte”, Valdivia le confiesa a Hernando Pizarro; “Bien sé que dirá. v. m. que no haré casa con palomar y que soy un perdido” (p. 67).

Con esta frase se manifiesta de nuevo como hombre desprendido, generoso, incapaz de enriquecerse, pues su único anhelo es “descubrir y poblar tierras a S. M.”.

No le importa a Valdivia que el Emperador dé después este suelo conquistado por él a otra persona, siempre que se pague a sus acreedores lo que él gastó en beneficio del país y por su sustentación; y declara que, si así se procede, “yo quedaré contento y en calzas y en jubón, y con mis amigos iré por mar y por tierra a descubrir más en servicio de S. M.” (p. 67).

Esta expresión familiar “en calzas y jubón” no significa aquí, como dicen los diversos diccionarios “indecentemente vestido y ataviado” (Aut.) o “a quien han desnudado la capa y el sayo” (Covarr.), o sea, “en paños menores”, tal como aparece empleada, por ej., en el Quijote (I, 29), sino que metafóricamente equivale a “pobre y necesitado, o en situación difícil”.

En esta misma carta, finge modestamente debilidad o falta de resistencia física para desempeñar todos los oficios que tuvo que reunir en una sola persona, siendo alarife, pastor, labrador, poblador, sustentador y descubridor a la vez, cuando dice que para ello “fue menester sacar fuerças de flaqueza” (p. 61), valiéndose de esta frase popular como simple recurso retórico, según creemos, pues, en verdad, Pedro de Valdivia no se consideraba impotente para hacer todo eso.

Y finalmente no deja de prevenir a los caciques que sirvan bien a los cristianos, pues, “si no lo hacen —les advierte— pagarán el pato” (p. 72), frase esta última muy corriente hasta hoy día.

Así hablaba y así escribía el conquistador y colonizador de Chile.